

LLEJA VISTA DURANTE EL ALMUERZO.

Tan cansado estaba, que á pesar de la dureza de mi cama, no desperté hasta el dia siguiente á las nueve de la mañana. Me levanté al punto, y como por lo que habia sucedido la vispera juzgaba inútil pedir el almuerzo, hice me indicaran inmediatamente la casa del señor Polain, archivero, para quien tenia una carta de recomendacion: vivia en la calle Pedregosa, junto á la ciudadela, habia media hora larga de camino desde mi alojamiento á su casa. Llegué allá con un hambre desesperada.

El señor Polain me salió al encuentro, dí mi nombre, y le entregué mi carta, que era del señor Van Praët. Tuvo la galanteria, cuando supo quién era yo, de no dirigirla siquiera la vista, mas insistí, y al cabo la leyó.

— Caballero, le dije cuando hubo concluido, existen lazos entre vos y el señor Van Praët, ¿no es eso?

— Es mi amigo.

— ¿Su recomendacion es eficaz?

— Me suplica en su nombre y en el de S. M., el rey de los Belgas, que haga todo lo que pueda seros agradable.

— ¿Y estais dispuesto, caballero, á acceder á la súplica de vuestro amigo y al desco del rey?

— En un todo.

— Pues bien, señor Polain, podeis hacer una cosa que me será en extremo agradable.

— ¿Cuál? hablad al instante.

— Ofrecerme de almorzar.

— ¡Cómo! exclamó el señor Polain, con el mayor placer. ¿No habeis, pues, tomado todavía nada esta mañana?

— No he comido desde Bruselas.

— ¡Desde Bruselas! ¿y cuándo habeis llegado?

— Ayer noche.

— ¿Yo habeis cenado?

— No he podido conseguir siquiera un pedazo de pan y un vaso de agua.

— ¿Pero dónde os habeis hospedado?

— En la fonda de Albion.

— Pues, [sin embargo, es la mejor de la ciudad.

I.

— ¡Y bien! por ella rindo mi acatamiento á las demás.

— Mas debeis estaros muriendo de hambre.

— En toda la extension de la palabra.

— Parece increíble.

— Perdonad, mas no hay nada de increíble en ello : hace precisamente veinte y cuatro horas que no he comido, y permitido es tener hambre al cabo de veinte y cuatro horas.

— No digo eso, replicó riendo el señor Polain; digo que parece increíble que no hayais podido conseguir el cenar.

— Oid, preciso es que os confiese una cosa, respondí, que creo me han tomado por flamenco, y eso es lo que me ha perjudicado.

— ¡ Oh! entonces no me admiro ya. Debo decir que nuestra union matrimonial con Bélgica es una especie de matrimonio de conveniencia; vivimos separados los cuerpos, de tal modo, que cuando un liejés va á Lovaina, dice : voy á Flandes.

— Pero vos, le dije, me reconocéis por francés tal, ¿ no es eso?

— Si, como lo que hay aquí de mas francés; así, vamos á almorzar, perded cuidado.

No obstante, á pesar de esa seguridad, como la puerta del comedor estaba abierta, y desde la sala en que estábamos me era fácil ver que no se

hacia preparativo alguno, comenzaba á tener alguna alarma; mas al cabo de un instante, nos anunciaron que el almuerzo estaba servido.

— Venid, me dijo el señor Polain, os doy de almorzar en mi azotea; desde ella vereis toda la ciudad; quiero reconciliaros con ella.

— A fe mia, le dije, habeis escogido el mejor medio; ciudad muy linda es la ciudad que se ve mientras se almuerza.

— Espero que no os retractareis.

En efecto, arrojé un grito á la vez de júbilo y de admiracion; un grito de júbilo al aspecto del almuerzo, un grito de admiracion al aspecto de la ciudad; me senté á la mesa de modo que viese la una, mientras hacia honor al otro.

Como presumo que la descripeion de aquel bienaventurado almuerzo, por mas deseado que hubiese sido de mí, tendria menos que mediana importancia para el lector, me contentaré con señalar dos vinos que recomiendo á los aficionados : el uno es un vino de Mosela de la Montaña Negra, del año 1854; el otro es un vino del Rhin, llamado leche de la Virgen, milésimo pasable.

La humeante ciudad que estaba tendida á mis piés fué fundada por el año 530, por san Monulfo, obispo de Tongres. Este digno prelado al ir al castillo de Chiévremont se admiró de la belleza del sitio y decidió edificar allí una iglesia á san Cosme

y san Damian; añade la leyenda, que las gentes del obispo vieron en aquel paraje una flamígera cruz, mas como no insiste sobre esto en otra parte, permitido es creer, que son cuentos de desocupados.

A principios del siglo VIII, san Huberto trasladó la silla episcopal á Lieja, habiendo sido ya antes trasladada de Tongres á Maëstricht: comenzaba, pues, Lieja á ocupar sériamente su lugar en el mundo, cuando en 882 fué asolada por aquellos Normandos vaticinados por las lágrimas de Carlo-Magno.

El piadoso emperador no estaba ya allí para expulsar á aquellos antiguos enemigos, ó reparar los desastres que habian causado; pero la Providencia envió á los Liejeses el obispo Notger, antiguo abad de San Gall, quien durante un episcopado de treinta y cinco años, reedificó la ciudad, embelleciéndola como nunca habia estado. Por lo que un verso contemporáneo consagra el reconocimiento debido por Lieja al piadoso obispo. Héle aquí:

Notgerum Christo, Notgero cætera debes.

Es decir:

Tú debes Notger á Cristo, y lo demás á Notger.

Esto, como se ve, es dejarle la parte mejor;

pero Notger no merecia menos. Cuando fué á establecerse á Lieja, la ciudad, á pesar de su pobreza y desventura, la encontró puesta á rescate por un tiranuelo que habitaba ese famoso castillo de Chiévremont, á donde iba el buen san Monulfo cuando el sitio en que está fundada hoy la ciudad de Lieja, tuvo la felicidad de agradecerle. Cuanto mas pequeños son los tiranos son mas quisquillosos: este se metia en los negocios de todos; conocia las rentas de cada uno y lo primero era su diezmo: semillas, dinero y mujeres; lo cual habia llegado á ser insoportable para los buenos Liejeses. Mas como el señor Idriel (el nombre no hace al tirano como se ve); mas, digo, como el señor Idriel habitaba el castillo de Chiévremont, y el castillo de Chiévremont, antigua fortaleza de los reyes de la primera raza, estaba situado sobre rocas inaccesibles, era preciso decidirse y poner buen rostro á la mala fortuna; esto era lo que hacian los buenos Liejeses, mientras el obispo Notger, menos sufrido, meditaba un medio para desembarazarse del enemigo comun. Este medio le proporcionó el mismo Idriel.

La mujer de Idriel acababa de dar á luz un hijo; como este hijo era muy deseado en la casa, porque el noble señor no tenia mas que hijas, resolvió hacer el bautizo con gran ostentacion. Acaso causará admiracion que tal bribon pensase en bautizar á su hijo, pero hay ejemplos de esas anoma-

lías. Idriel era devoto: esta era su debilidad; habia tomado por divisa: *Enemigo de todos, amigo solo de Dios*; lo cual no era sino pura fatuidad, como se comprende, siendo Dios mas delicado que todo eso en la eleccion de sus amigos, como lo prueba el proverbio: « Muchos son los llamados y pocos los elegidos. »

Sea de esto lo que quiera, Idriel, deseando que se bautizase su hijo, y queriendo que la cosa se hiciese con pompa, envió á prevenir á Notger que estuviese prevenido para el bautismo. Esta era la ocasion que tanto tiempo hacia esperaba el buen obispo. Le envió por consecuencia en contestacion que iria al dia siguiente á las cinco de la tarde con todo su clero al castillo de Chiévremont.

Al dia siguiente, el obispo convocó al palacio episcopal á veinte y cinco de los mas valientes y robustos liejeses que conocia, mandándoles fuesen armados completamente, y cada uno por su lado, á fin de que no se sospechase nada. Cuando los tuvo en una sala del piso bajo de su palacio, mandó le llevasen albas y sotanas, los trasformó en chantres y sacristanes; dió al uno una cruz, al otro el incensario, encargó á los que nada llevaban cantasen hasta desgañitarse, para que no tuviesen el aspecto de gente intrusa; en seguida, y despues de haberles hecho se asegurasen de que las hojas salian con facilidad de las vainas, emprendió con sus

veinte y cinco hombres el camino del castillo de Chiévremont.

Idriel le esperaba á la puerta con su hija Isabel, su mujer Bertha y su recién nacido, que aun no tenia nombre. Colocóse humildemente entre la comitiva del obispo, cantando los responsorios, y de este modo entró en la iglesia.

Entonces el obispo, viéndose introducido en el centro del castillo, juzgó que era llegado el momento favorable, y levantando la sagrada hostia que tenia oculta para esta grande ocasion: « ¡ En el nombre de Dios vivo cuya imágen veis entre mis manos! exclamó; ¡ en nombre del verdadero jefe de la Iglesia; en nombre del emperador; en nombre de la iglesia de Lieja, yo, Notger, tomo posesion del castillo de Chiévremont! » Al decir estas palabras, que debian ser la señal, chantres, pertigueros y sacristanes desenvainaron sus espadas, y quisieron arrojarse sobre Idriel, que el santo obispo habia encargado prendieran vivo. Desgraciadamente, no se puede ser á la vez un piadoso prelado y un gran general. Notger habia cometido una falta de estrategia no dejando que Idriel se introdujese mas en la iglesia: así, como estaba cerca de la puerta, huyó, llevándose á su mujer y sus hijos, y se precipitó con ellos desde lo alto de las murallas, con lo que si Satanás salió ganancioso en la cuenta, Dios no obtuvo la suya.

Por lo demás, como á los habitantes de Lieja les era igual, no quedaron menos reconocidos á su obispo, y habiendo demolido el castillo, con sus mismas piedras edificaron una capilla.

Una vez desembarazado de Idriel, Notger consagró todos sus desvelos al ornato de la ciudad. El Mosa no corria aun por lo interior de Lieja: llevó la muralla hasta mas allá del rio, mandó construir un canal que pasaba al pié de la ladera de Santa Cruz, y cuyos restos se ven todavía hoy, y construir una triple línea de fortificaciones con bastiones, fuertes y torres, de las que despues de mil años, aun se conservan ruinas. En fin, no creyendo la antigua catedral digna de representar la metrópoli de una silla tan importante como Lieja, la mandó derribar, y en el mismo sitio edificar una nueva.

En 1106, el emperador Enrique IV, huyendo del antiguo castillo de Ingelein, donde le habian encerrado su hijo despues de haberle arrancado la corona de la cabeza y el cetro de la mano, acudió á refugiarse á Lieja, donde quiso proporcionarse un retiro seguro fortificando las alturas de Santa Valburga y San Bartolomé, de modo que estos dos barrios, que no eran mas que arrabales, desde aquella época quedaron enclavados en la ciudad.

En 1131, el papa Inocencio II fué á presidir un concilio en Lieja, lo cual acabó de darle importan-

cia. El papa celebró el oficio divino en la catedral de San Lamberto, quien contaba entonces entre sus canónigos los dos hijos del emperador, siete hijos de reyes y treinta y cinco hijos de duques ó condes soberanos. Mas la maravilla de aquella augusta asamblea, dice un antiguo cronista: *Era san Bernardo que pasó por Lieja, en donde hizo muy bellas cosas y muy provechosas á la santa Iglesia, y adquirió allí gran fama.* En aquel tiempo, como se ve por el cronicon, se hallaba un francés bastante lindo en Lieja.

En todo aquel tiempo, á cada nuevo obispo, los Liejeses obtenian una nueva concesion, tanto que de concesiones en concesiones concluyeron por obtener de Alberto de Cuyek una carta como pocos pueblos podian vanagloriarse de tenerla en aquella época. Esta carta les hizo mas exigentes. Cuanto mas obtienen los pueblos, mas quieren tener. Y desde esa fecha comenzaron entre los Liejeses y sus obispos las contiendas que no terminaron hasta 1794.

Una de las revueltas mas célebres de los Liejeses, fué la que se verificó á propósito de Juan de Baviera. Este jóven señor no tenia mas que diez y siete años cuando fué investido con el principado de Lieja, y sintiéndose en aquella edad con mas inclinacion á los placeres del mundo que á las austeridades eclesiásticas, aceptó el obispado, pero no quiso recibir las órdenes: no iba aquello con los Liejeses;

tenian costumbre de ser regidos por la mano suave de sus obispos, y temian el guante de hierro de los caballeros; así, le declararon que mientras tuviera el casco en la cabeza, no permanecería en su ciudad; que no tenia mas que ponerse la mitra, y entonces volverian á ser sus muy humildes servidores. El príncipe no era el mas fuerte por el momento, y por tanto le fué forzoso salir de Lieja. Apenas volvió la espalda, eligieron los Liejeses por su obispo y señor á Thierry de Hora, hijo de Enrique de Hora, señor de Perwez. Este último fué nombrado *consejero*, y por este título tomó la administracion temporal, mientras su hijo se encargaba de la espiritual.

Desgraciadamente para los Liejeses, que se apresuraban á arreglar así sus negocios, Juan de Baviera era hermano del conde de Hainaut y del duque de Borgoña. Recurrió á ellos, y como buenos hermanos fueron en su auxilio.

Mas como los hombres de armas que el duque habia convocado apresuradamente en sus Estados no estaban reunidos, y los Liejeses por el contrario, que habian comprendido que las cosas no terminarian así, tenian delante de Maëstricht un campamento tan bien fortificado que parecia una ciudad, el duque de Borgoña, á pesar de su carácter poco pacífico, comenzó por negociar, y les envió un mensajero que llevaba palabras de paz: pero el duque

de Borgoña tenia que habérselas con un populacho sumamente grosero, que dió por toda respuesta á su embajador un papel doblado en forma de carta, el cual contenia una respuesta que no se podia leer ni oler.

La chianza era picante: así el duque Juan apresuró un reclutamiento con tanta actividad que no tardó en encontrarse á la cabeza de un buen ejército. En aquel momento recibió por intermedio de messire Guichard, delfin de Aubernia, una carta del rey de Francia en que le invitaba á desistir de toda empresa contra los Liejeses, reservándose él la decision de aquel negocio.

Pero el duque Juan estaba demasiado herido con el insulto que le habian hecho para quedarse así: respondió por tanto á messire Guichard, delfin, que era aquel un negocio que de ningun modo pertenecia al rey de Francia, el cual estaria de mal humor á buen seguro si hubiese recibido una carta escrita con la misma tinta; y por consecuencia iba primero á enseñar cortesía á aquellos insolentes y en seguida iria á la corte de Francia.

A lo que Guichard, delfin, respondió que monseñor de Borgoña tenia mucha razon; en prueba de lo cual le pidió un puesto en su ejército á fin de cooperar en lo que pudiera á la leccion que el duque prometia dar á las buenas gentes de Lieja.

Entonces los Borgoñones avanzaron por aquella

antigua via romana que atraviesa todo el país de Lieja y que se llama la calzada de Brunchant. Mas en vez de intimidarse al aspecto de aquella gran reunion, pidieron los rebeldes marchar á su encuentro. El señor de Pervez hizo todo lo que pudo para impedirles cometer aquella imprudencia; mas viendo que empezaban á acusarle de cobardía, hizo publicar en todo el país que el 22 de setiembre por la mañana los que quisieran marchar con él no tenían mas que reunirse al sonido de la gran campana del Ban.

En el dia convenido se encontró con treinta mil hombres, entre los que habia de quinientos á seiscientos caballeros armados al estilo de Francia y ciento veinte arqueros ingleses.

Entonces el señor de Pervez se adelantó en medio de ellos y levantándose sobre sus estribos les dijo:

— Amigos míos, os he expuesto frecuentemente que dar batalla á nuestros adversarios, era exponerse á un gran peligro; todos son nobles, acostumbrados y experimentados en la guerra de buen orden y conducidos por una sola voluntad. Creo que hubiese sido mejor permanecer en nuestras ciudades y fortalezas, dejarlos correr la campiña, tomar sus avanzadas y destruirlos poco á poco; pero veo que mis observaciones no os son agradables. Os fiais en vuestro número y en vuestros arqueros y voy á lleva-

ros á la batalla contra los enemigos. Os encargo mucho que permanezcais unidos: no tengais mas que una voluntad y estar resueltos á morir juntos para defender vuestro país.

Por su parte el duque de Borgoña, viendo toda aquella multitud acampada delante de Tongres, se dirigió de este modo á sus caballeros:

« Por la gracia de Dios y de Nuestra Señora, hémos aquí frente á los rebeldes que han violado el respeto á la religion profanando las iglesias, rompiendo los vasos sagrados y esparciendo por tierra los santos óleos. Marchad atrevidamente contra esa gente baja; no temais nada de esa estúpida y salvaje multitud que pone toda su confianza en su gran número: esas gentes no son á propósito mas que para la fabricacion y el comercio. »

Al punto profirió su grito de « Nuestra Señora, al duque de Borgoña, » y se puso en marcha.

Ahora ved aquí el parte de la batalla escrito por el mismo duque: se dirige al duque de Brabante.

« Carísimo y queridísimo hermano. He recibido la carta que me habeis enviado con el portador de esta, haciendo mencion en ella de que habeis sabido de que por la gracia de Nuestro Señor he batido á los Liejeses, y que si os hubiera noticiado el dia de la batalla hubiérais asistido á ella voluntariamente. Querreis, pues, saber, carísimo y honradísimo her-

mano, cómo han pasado las cosas y porque ya podreis conocer que no hubiera podido noticiarnos la jornada bastante á tiempo. La verdad es, queridísimo y honorable hermano, que nuestro cuñado de Hainaut y yo entramos en el país de Lieja con buena y numerosa compañía de caballeros y escuderos el jueves último y hemos llegado por dos partes fijando los campamentos á una legua de una ciudad llamada Tongres, en Hsbaing, y allí tuvimos noticia que en aquel día el señor Perwez, y todos los Liejeses con él se habian trasladado del sitio que ocupaban ante la ciudad de Maëstricht para salirnos al encuentro. Por estas cosas, el dicho cuñado Hainaut y yo enviamos el domingo por la mañana algunos de nuestros espías por el país para saber la verdad, los cuales nos trajeron como cierta la noticia de que habian visto á los Liejeses formados en batalla y en muy gran número que se dirigian hácia nosotros. Ordenamos nuestras filas y unimos nuestras gentes para ir al encuentro de los dichos Liejeses. Cuando hubimos andado como una media legua los vimos á todos bastante próximos á la ciudad de Tongres; y despues el dicho cuñado y yo, unidas nuestras gentes, nos detuvimos en un sitio bastante ventajoso, creyendo que allí nos acometerian, y pusimos toda nuestra gente en un solo cuerpo para sostener mejor el choque y la carga que los dichos Liejeses estaban dispues-

tos á darnos, y ordenamos dos alas de gente de armas y de proyectiles: inmediatamente despues se aproximaron á nosotros como á la distancia de tres tiros de arco y se dirigieron sobre la derecha hácia la dicha ciudad de Tongres á fin de unirse á los de aquella ciudad, que serian diez mil; y allí se detuvieron con muy buen orden é hicieron incontinenti disparar muchos cañonazos; y cuando hubimos esperado un poco y vimos que no se movian, el dicho cuñado y yo, por el parecer de nuestros buenos caballeros y capitanes de nuestra compañía, deliberamos ir sencilla y tranquilamente á combatirlos en sus posiciones, y que avanzarian para descomponer el grueso y derrotarlos cuatrocientos hombres á caballo y mil escuderos atrevidos que los deshiciesen por detrás cuando marchásemos sobre ellos; y para conducirlos enviamos al señor de Croy, al de Helly, al de Roni, vuestros chambelanes y los míos, Enguerrando de Bourneville, de Robin, Leroux, mis escuderos, y así lo hicieron: y de este modo como á la una de la tarde marchamos en nombre de Dios y de Nuestra Señora á caer contra ellos, y en muy buen orden los alcanzamos y combatimos de tal modo, que por la gracia de Dios y con la ayuda de Nuestro Señor, la jornada fué nuestra. A la verdad, carísimo y amadísimo hermano, los que tienen en esto conocimiento dijeron que no han visto jamás luchar mejor ni resis-

tir tan bien como estos lo han hecho; porque la batalla duró cerca de una hora y media, y por espacio de una media hora no se supo quién llevaba la ventaja; y han sido muertos de ellos el señor Perwez, el intruso de Lieja, sus hijos, y veinte y cuatro ó veinte y cinco mil Liejeses, segun puede saberse por el cálculo de los que han visto los cadáveres, y todos ó la mayor parte estaban armados y tenían consigo quinientos hombres á caballo y cien arqueros de Inglaterra. Sucedió que al fin de la batalla los de Tongres salieron armados para socorrer á los Liejeses y se acercaron á tres tiros de arco; pero cuando vieron cómo iba la cosa, volvieron la espalda en precipitada fuga y fueron alcanzados por las gentes de á caballo de nuestra banda, y hubo muchos muertos de su parte. En la dicha batalla habremos perdido de sesenta á ochenta caballeros y escuderos, lo que me causó gran disgusto porque no eran de los peores. ¡Dios los perdone! Y en cuanto al número de los Liejeses que podían ser, he sabido, queridísimo y amadísimo hermano, por algunos prisioneros hechos durante la batalla, que partieron del asedio el sábado por la mañana cuarenta mil; que salieron de la ciudad de Lieja, donde dejaron como unos ocho mil, de los que pareció al señor de Perwez no eran convenientes, y el dicho domingo, día de la batalla, partieron de la dicha ciudad de Lieja treinta mil ó mas

para ir contra nosotros: y además, carísimo y amadísimo hermano, os agradará saber que ayer el dicho cuñado de Lieja vino muy bien acompañado por su cuñado de Holanda, y como hoy las ciudades de Lieja, Huy, Tongres, Dinant y otras buenas ciudades del país han venido á rendirnos obediencia suplicando al dicho cuñado de Lieja quisiese tener piedad de ellos y recibirlos á merced. Lo cual ha hecho por mediacion del dicho cuñado de Hainaut y yo siempre que todos los culpables, de los que todavía hay muchos, se rindan y entreguen en manos del dicho cuñado de Lieja, para hacer de ellos lo que le agrada ordenar; y con esto las demás ciudades han hecho su sumision de todo lo que podían haber cometido contra dicho cuñado de Lieja, todo segun lo ordenado por el dicho cuñado de Hainaut y yo, para cuya ejecucion toda buena ciudad dará la garantía que queramos.

» Queridísimo y amadísimo hermano, el Espíritu Santo os tenga en su santa guarda.

» Escrito en mi alojamiento en el campamento delante de Tongres, el día 25 de setiembre.

» Vuestro hermano,

» EL DUQUE DE BORGÑA.

» Conde de Flandes, de Artois y Borgoña. »

La gracia que el príncipe concedió á los Lieje-

ses no fué grande, porque el duque Juan recibió por la batalla el título de *Juan sin Miedo*, y Juan de Baviera, por las ejecuciones que la siguieron, el de *Juan sin Piedad*.

En efecto, cortáronse las cabezas de los señores de Rochefort y de Seraing y de la viuda de Perwez, y unos veinte rebeldes de clase inferior fueron arrojados al Mosa. El señor de Perwez y su hijo fueron hallados entre los cadáveres en el campo de batalla, cogidos de la mano. Al día siguiente, cuando Juan de Baviera entró en Maëstricht, le presentaron en las puntas de dos lanzas las cabezas de sus dos enemigos.

Esto era pagar algo caro una chanza de cuerpo de guardia.

A Juan de Baviera sucedió Juan de Valenrode; luego subió al trono episcopal Juan de Hensberg; y por último, le llegó su turno á Luis de Borbon: en su reinado fué cuando tuvieron lugar entre Carlos el Temerario y Luis XI aquellas desavenencias tan admirablemente descritas por Walter Scott, y que terminaron con la toma de la ciudad.

El duque Carlos permaneció allí ocho días en medio de las ejecuciones, y la dejó dando orden de quemarla y demolerla, como habia hecho dos años antes con la ciudad de Dinant; exceptuáronse solamente las iglesias y las casas de los canónigos y sacerdotes. Felizmente, como Lieja era una ciudad

clerical, sus casas componian un gran número, de modo que quedó en pié casi una tercera parte de la ciudad.

No tardó el obispo en obtener el permiso de reedificar cuatrocientas casas, por treinta sus, dados de una vez por cada una, y una renta anual de dos capones.

Reedificadas aquellas cuatrocientas casas, Luis de Borbon continuó sus construcciones sin decir nada, y Carlos de Borgoña, que tenia por entonces á los trece cantones sobre sí, le dejó obrar á su voluntad.

Por desgracia, el Jabalí de las Ardenas, quien no teniendo tiempo para orar á Dios queria tener un hijo obispo, para que este hijo rogase por él, asesinó en un día impensado á Luis de Borbon.

No fué el hijo, sino el sobrino de Guillermo de la Marck quien subió al trono episcopal. Era una buena rama ingerta, no se sabe cómo, en un tallo malo. El primer acto de su gobierno fué una ordenanza dada en union con los magistrados, por la que prohibia á los Liejeses, so pena de tres años de destierro, echarse en cara unos á otros cosas que hubieran pasado durante las guerras civiles; tenia esperanzas de que si las bocas permanecian mudas, los corazones acabarian por olvidar. No fué esto todo; hizo que el emperador Maximiliano les volviera una por una todas sus

libertades. Una de estas libertades, y la mas preciosa para el pueblo, era la eleccion de sus dos burgomaestres. Un reglamento de 1603 habia establecido de este modo estas elecciones: se sacaban á la suerte tres personas de cada oficio, y como habia treinta y dos oficios, la extraccion daba un total de noventa y seis individuos, y despues de este número se hacia una segunda extraccion de treinta y dos personas; estas treinta y dos personas eran las que por mayoría de votos nombraban los dos burgomaestres. Los sesenta y cuatro restantes que la suerte no habia nombrado para desempeñar las funciones de electores, tenian el derecho de consejeros.

En esto, Fernando de Baviera asciende al trono episcopal y se anuncia para el diez y siete de enero de 1613 su entrada en la ciudad de Lieja.

Ciertamente, si no duró largo tiempo la buena armonía entre los Liejeses y su príncipe, no fué porque este tuviera queja de la acogida que se le hizo. El dia de su entrada fué un dia de fiesta: la guardia, compuesta de cien hombres, los arcabuceros, los ballesteros, los arqueros de Saint-Photien y de San Nicolás, los gremios de oficios con sus estandartes, estaban acantonados en las calles por donde debia pasar, y el consejo de la ciudad y los principales ciudadanos, ataviados con los trajes españoles, esperaban al príncipe en el puentecito

de la Creyr. Por fin, á las diez de la mañana repetidos cañonazos anunciaron que acababa de llegar.

Mas de ciento cincuenta caballeros de las mas nobles familias de Lorena, de Alemania y de Brabante escoltaban al obispo, que no tardó en llegar al puente de Creyr. Aquí le cumplimentaron el consejo y los ciudadanos, y en seguida se pusieron en marcha precediendo al príncipe y dirigiéndose hácia la ciudad. Llegados á la puerta de San Leonardo, le presentaron las llaves de la ciudad, y antes de tomarlas, Fernando pronunció en voz alta el juramento instituido por los estatutos y que garantizaba el privilegio de los Liejeses.

Cerca de San Jorge encontró la comitiva un teatro ricamente adornado, donde habia músicos que cantaban en loor del príncipe. Una doncella estaba allí de pié con una noble y rica vestimenta: esta jóven representaba la cité de Lieja. Al ver al obispo, se deslizó por un alambre invisible y en cuanto llegó á los piés de Fernando, le presentó un ramo de flores de lis y le dijo estos versos:

Príncipe grande de antigua nobleza,
Príncipe grande de gran gentileza,
¿ De dónde nos viene tan fausta ventura,
Porqué nuestra dicha raya á tanta altura,
Que dentro los muros de tu pobre Lieja,
Te vienes y sientas tu silla bermeja,
Dejando gustoso tu pingüe ducado,

Renuncia habiendo hecho de tu arzobispado?
 No tengo ¡ay príncipe! buen alojamiento,
 Que pueda probarte mi agradecimiento
 Por tan generoso y leal beneficio,
 Mas sabes que adicto te adora ferviente,
 En torno á tu silla un pueblo valiente,
 Que diera su vida por tí en sacrificio (1).

Recitados estos versos con gran aplauso de los señores que acompañaban al obispo y de los ciudadanos de la población, continuó la comitiva su marcha hácia la plaza del Mercado, donde se habían construido muchos teatros, y en los que se representaban misterios. Al lado de estos teatros se habían encendido tres grandes hogueras, y junto á estas hogueras se levantaban tres pirámides adornadas con guirnaldas con los colores de la casa de Baviera.

En cuanto llegó á la catedral, desmontó el príncipe, sacó de una bolsa que le presentaba su tesorero, y á medida que subía los escalones de San Lamberto, donde le esperaba el cabildo, muchos puñados de oro, que arrojó al pueblo, y habiendo dado acciones de gracias al Señor, hizo Fernando su entrada episcopal, y asistió al espléndido banquete que le habían preparado. Hasta la media

(1) Se recordará que almuerzo en casa del señor Polain. El es quien narra; yo aprovecho el tiempo perdido devorando un jamon de Mayenna, y bebiendo una vez un vaso de Bramberger, ya un vaso de Liëb fraumielk.

noche no se dispersó el pueblo; mas al dispersarse, todavía hacia resonar el aire con aclamaciones de alegría y votos de prosperidad.

Seguramente debía creerse que despues de semejantes demostraciones hechas por ambas partes, todo marcharia perfectamente entre el obispo y los Liejeses, mas no fué así; los obispos cambiaban, las generaciones cedían el puesto á otras generaciones, pero los intereses quedaban siempre los mismos, y las revoluciones volvían á aparecer.

Sin embargo, habíanse ya pasado muchos años en medio de las murmuraciones, recriminaciones y quejas, pero sin producir colisiones armadas. Verdad es que el dia de Santiago se aproximaba y que todo hacia presumir que la eleccion seria tumultuosa.

Aquella prevision no erraba: los Treinta y Dos, así era como se llamaba á los electores por su número, los treinta y dos acababan de elegir burgomaestres á Raës de Chokier y Miguel de Selys; mas en el momento en que el heraldo proclamó estos dos nombres, los ciudadanos que estaban reunidos armados en la plaza y que esperaban á otros dos, dejaron oír tales murmullos y fueron seguidos de tan grandes voces, que todos comprendieron, aun el mismo obispo, que habia llegado el momento supremo. En medio de todos aquellos rumores, el nombre de Beckmaun incesantemente

repetido, indicaba que sobre este era sobre quien recaía la mayoría popular. Pero el poder no podía ceder así á una simple demostracion: por tanto el pueblo no paró en los gritos. Inmediatamente los ciudadanos derriban la guardia de los Diez y se precipitan hácia el sitio donde se verificaba el escrutinio. En aquel momento se hace un disparo de las ventanas del Ayuntamiento, el cual felizmente no hiere á nadie; mas sin embargo, se habia hecho una demostracion hostil: los fusiles cargados se dirigen al Ayuntamiento. De repente el gran dean de la catedral aparece en el balcon del Ayuntamiento:

— Ciudadanos, exclama, extendiendo las manos hácia el pueblo en señal de paz, la eleccion debe ser la expresion de los deseos de todos. Si somos engañados, decidlo, y elegiremos los burgomaestres de vuestra voluntad. ¿A quién quereis?

— A Beckmaun y Saud, responden todas las voces, y al punto son proclamados estos dos nombres.

Ciertamente aquella vez la voz del pueblo era en realidad la voz de Dios. Guillermo Beckmaun, señor de Bieux-Sart, era á la vez un hombre de altas cualidades y gran saber: desde 1608 habia sido ya nombrado cinco veces burgomaestre. Además de esto, durante el reinado de Hernesto de Baviera habia estado encargado de muchas misiones

cerca de los Estados Generales y en la corte de Enrique IV. Durante esta larga vida de diplomático y político habia aprendido especialmente á conocer los hombres; así Fernando de Baviera no le habia engañado ni por un momento, y desde el principio habia prevenido al pueblo de sus proyectos liberticidas. Adivínase, pues, que llegado al poder no tardó la lucha en empeñarse entre el obispo y el elegido del pueblo: mas contra este último todo seestrelló, amenazas y promesas: era el hombre de Horacio: las ruinas del mundo podian sepultarlo, pero no conmooverlo.

Un hombre semejante hacia inexpugnable la plaza. Así, despues de haber intentado todo, se ensayó el veneno.

Pero se habian guardado bien de dar á Beckmaun uno de esos venenos sutiles, uno de esos venenos á lo Médicis que mataban como el rayo simplemente con gustarlo ó respirarlo. No, se habia preparado uno de esos venenos á lo Borgia, como el que dió el papa Alejandro VI á Gem y al obispo de Cosenza; uno de esos venenos que hacen blanquear los cabellos y encorvan lentamente los miembros, que paralizan el cuerpo muy paulatinamente, de modo que cada dia vais entrando una pulgada en la tumba; uno de esos venenos que os dejan la voz para lamentaros y los ojos para veros morir. Así que, casi por espacio de un año Beck-

maun estuvo paralizado de su pierna y despues de sus brazos; los ciudadanos le llevaban en litera al Consejo y á las asambleas. Y allí, aquella boca moribunda se abria aun, no para hablar de sus padecimientos sino para los de sus compatriotas. En fin, aquel cuerpo empobrecido que se habia eternizado todo lo que pudo para hacer la felicidad de su patria, devolvió su alma á Dios y su polvo á la tierra. Pero su estatua, construida á expensas de todos, se erigió en medio del Mercado.

Sebastian Larnelle, su amigo y émulo, le sucedió.

— ¿Sebastian Larnelle, aquel que fué asesinado tan trágicamente en el banquete de Warfusée? pregunté yo.

— El mismo, me respondió el señor de Polain.

— Referidme entonces la historia de Sebastian Larnelle, si os agrada.

— Héla aqui.

Es el señor Polain quien continúa hablando.

EL BANQUETE DE WARFUSÉE.

Algun tiempo antes de la muerte de Beckmaun, y por consecuencia antes que Larnelle fuese burgomaestre, un extranjero habia ido á buscar asilo á la ciudad de Lieja; muchos rumores habian corrido acerca de él, porque era un noble señor llamado el conde René de Warfusée, que habia sido ministro de Hacienda de Felipe IV en los Países Bajos. Unos decian que habia dilapidado odiosamente los fondos que le habian sido confiados, arruinado las rentas del Estado, y empeñado las alhajas de la corona, de modo que se habia visto obligado á abandonar de noche á Bruselas, donde despues de su partida habia sido ejecutado en effigie. Decian otros que tenian ante sí una de esas grandes victimas del odio de los poderosos, y en